

## LAS ARMAS Y LAS LETRAS EN CERVANTES

JOSÉ MIRANDA CALVO  
Numerario

La evocación conmemorativa de D. Miguel de Cervantes y Saavedra, tiene en Toledo y para Toledo doble singularidad y significado. De una parte, como escritor, puesto que, junto a la descripción en su inmortal Quijote del ambiente y esencias de nuestras gentes, costumbres y paisajes manchegos, cuyos rasgos captara entre los intervalos de tiempo que le dejaban sus ocupaciones alcabaleras en Andalucía y los viajes familiares a la villa sagreña de Esquivias dónde moraba aislada y solitaria su mujer D.<sup>a</sup> Catalina de Palacios de Salazar y Vozmediano, angustiada por sus prolongadas ausencias distribuidas entre las cárceles y requisas de granos, nos legó particularmente una parte de su tesoro literario con el relato de su obra *La Ilustre Fregona*, alumbrada entre las candilejas y vocerío del Mesón del Sevillano, erróneamente confundido con la Posada de la Sangre, que exaltara en sus versos Emilio Carrere diciendo:

Mira a Zocodover la estancia dónde vive  
el soldado poeta de la truncada mano;  
arde en gorjas el viejo Mesón del Sevillano,  
mientras en su aposento Maese Miguel escribe.  
¡Mesón del Sevillano!, plantel de picardías,  
del corchete y la coima, del murcio y del virote,  
camaranchón glorioso dónde soñara un día  
el ingenio que fue truhán y galeote.  
Maese Miguel tenía nevada la cabeza  
que antaño fuera de oro, y la enorme tristeza  
de su vida andariega, miserable y hampona...  
Y en esta estancia, acaso, con amargor de hiel,

resbalaron sus lágrimas arrugando el papel  
dónde pintara el garbo de la Ilustre Fregona.

De otra parte, como soldado de Infantería, de esa Infantería española que tiene a Toledo como cuna oficial del Arma, a la que en sus tiempos quedara adscrito D. Miguel de Cervantes Saavedra, como lo fueron, igualmente, D. Félix Lope de Vega y Carpio y D. Pedro Calderón de la Barca, constituyendo la trilogía castrense más famosa existente en el campo de la literatura como expresión máxima de la conjunción entre las Armas y las Letras.

De ahí que, en los libros y obras escénicas de los grandes escritores del Siglo de Oro de nuestra literatura palpite un claro sentido militar forjado en el tiempo en que sus autores sirvieron a la Patria con las armas en la mano: Lope de Vega y Calderón revelan en su obras el fondo de un sentir adquirido en la guerra, rindiendo culto al honor después del que a Dios rinden, considerando y estimando las virtudes militares por encima de las cosas terrenas de la vida, cimentadas en la veneración, el valor personal, el puntillo del honor, etc., pero ninguno como Cervantes estiliza y adorna estas virtudes que subliman las aventuras del loco caballero de la Mancha como síntesis y personificación del recto proceder que todo humano debe realizar. Por ello, al trasladar este ideal al colectivo del ejército, lo versifica en su Numancia, tal vez la obra de mayor ambiente castrense, diciéndonos:

... la fuerza del ejército se acorta  
cuándo va sin ánimo de justicia  
aunque más le acompañen a montones  
mil pintadas banderas y escuadrones.

El entramado íntimo de las Letras y las Armas se deriva, como sabemos, del propio ser humano en su natural actividad imaginativa y creadora, puesto que, dentro del ámbito general humanístico de la Literatura como expresión de nuestras ideas, bien sean orales o escritas, se origina la tendencia a la exaltación de los

hechos épicos del hombre, tanto a nivel individual como colectivo de su grupo social, con los aditamentos de su relato, exaltación, enseñanzas morales, comentarios, etc., que realizan con su caudal literario aquellos escritores, bien sean protagonistas o meros transmisores de los hechos conocidos, permitiéndonos captar la gloria y el sacrificio del ámbito castrense.

Así pues, sintetizando el proceso histórico acaecido desde la antigüedad clásica en Grecia, conocemos los relatos de Tucídides sobre la Historia de las guerras entre los peloponesios y los atenienses; el Anábasis de Jenofonte; los escritos latinos de Polibio, Tito Livio, Flavio Vegecio, Cayo Julio César, etc., que en tan alto grado nos han proporcionado la visión político-militar del Imperio de Roma.

En cuanto a España se refiere, desde el Cantar del Mio Cid aparecido en 1140, la poesía y el romance, junto a los trovadores, nos narran a lo largo del período medieval esta rica conjunción de las Armas y las Letras con sus relatos en prosa y en verso de los episodios y aspectos humanos de la época en que se inscriben, especialmente polarizados sobre la empresa de la reconquista del suelo penínsular: Poema sobre el rey Rodrigo, el de la toma de Toledo, el de los Infantes de Lara, el Poema del Mio Cid, el de Roncesvalles, Bernardo de Carpio, Poema de Almería, el de Aleixandre, el del Conde Fernán González, etc., que, tras la figura y obra del rey D. Alfonso X el Sabio, desembocará hacia la época del Renacimiento a través de las figuras y obras de otros cuatro soldados: el Infante D. Juan Manuel, Jorge Manrique, Alonso de Ercilla, y nuestro Garcilaso de la Vega.

Con tales antecedentes literarios, impregnados en el íntimo quehacer de las Armas y las Letras, llegamos en plena eclosión del siglo XVI a la aparición en el mundo de D. Miguel de Cervantes y Saavedra en el venturoso año de 1547 en la villa de Alcalá, que el propio personaje, en plena madurez, confiesa con sencillo orgullo

su adscripción y pertenencia, diciéndonos: «... Yo, señores, soy un hombre curioso; sobre la mitad de mi alma predomina Marte y sobre la otra mitad Mercurio y Apolo; algunos años me he dado al ejercicio de la guerra, y algunos otros, los más maduros, en el de las letras».

De ahí que, escuchando en su interior ambas influencias las tradujera en el soneto en alabanza al Marqués de Santa Cruz, en estos términos:

... y fué muy justa prevención del Cielo  
 que a un tiempo ejercitaras tú la espada  
 y él su prudente y verdadera pluma;  
 porque, rompiendo de la envidia el velo  
 tu fama en sus escritos dilatada,  
 ni olvido, o tiempo, o muerte la consume.

Esta convicción primordial del entronque de las Letras y las Armas, así como los estimulantes resultados que se dan entre quienes gozen de tan feliz entremezcla, nos la reitera certeramente en su pasaje de Persiles y Segismunda, al decir: «no hay mejores soldados que los que se trasplantan de la tierra de los estudios en los campos de la guerra; ninguno salió de estudiante para soldado que no fuese por extremo; porque cuándo se avienen y se juntan las fuerzas con el ingenio y el ingenio con las fuerzas, hacen un conjunto milagroso, con quién Marte se alegra, la paz se sustenta y la república se engrandece».

Resulta curioso constatar el paralelismo de su impulsos juveniles, una vez iniciada su andadura militar, con la vena poética-literaria que le fluye a la vista de los hechizos monumentales de Roma, puesto que al escueto relato de su alistamiento y entrada en filas, es decir: «... embarquéme en Alicante, fui desde allí a Milán, dónde me acomodé de armas y de algunas galas de soldado», nos canta su visión de Roma, con auténtico arrobamiento:

¡Oh grande, oh poderosa, oh sacrosanta

alma ciudad de Roma! A ti me inclino,  
devoto, humilde y nuevo peregrino  
a quién admira ver belleza tanta.

Y cuándo en su ancianidad, recuerda su estancia en Nápoles, en cuya ciudad viviera entre 1573 a 1575, exclama:

Nápoles, la ilustre  
que yo pisé sus rúas más de un año;  
de Italia gloria y aún del mundo lustre,  
pues de cuántas ciudades él encierra  
ninguna puede haber que así le ilustre.

Su ejecutoria militar, desde el alistamiento inicial en 1569 en las tropas pontificias del Papa Pío V al mando de Marco Antonio Colonna y posterior ingreso en el Tercio español de D. Miguel de Moncada en la Cp.<sup>a</sup> del capitán Diego de Urbina, aparece sintetizada en la jornada naval de Lepanto, puesto que, embarcado en la galera Marquesa mandada por el capitán Sancti Pietri, hubiera podido quedar apartado del combate al estar aquejado de fuerte fiebre y acostado en el sollado de la nave. Es de todos conocida su petición al conservarse la misiva enviada a su Capitán, reveladora de sus sentimientos patrióticos: «Señor: en todas las ocasiones he servido que hasta oy en día se han ofrescido de guerra a Su Majestad, y he servido muy bien, como buen soldado; y así agora, no haré menos, aunque esté enfermo e con calentura; más vale pelear en servicio de Dios e de Su Majestad e morir por ello, que no bajarme socubierta. Señor Capitán: póngame en la parte e lugar que sea más peligrosa que allí estaré e moriré peleando».

Como sabemos, le dieron el puesto del esquifa al mando de 12 soldados, peleando con bravura, cuerpo a cuerpo, recibiendo dos arcabuzazos, uno en el pecho y otro en la mano izquierda, cuya herida le traería perpetuo recuerdo, junto a los avatares de la jornada, siendo su galera una de las más activas y muriendo el propio Capitán al rechazar los intentos turcos de abordaje junto a

Cervantes en el puesto del esquiifa, constituyendo su comportamiento ejemplar la patente de su reconocimiento.

Este valor e intrepidez demostrada, halla, no obstante, sosegado relato y equilibrado orgullo, al relatarlo en la epístola a Mateo Vázquez, secretario del rey Felipe II:

A esta dulce sazón, yo triste estaba  
con la una mano de la espada asida,  
y sangre de la otra derramaba.  
El pecho mio de profunda herida  
sentia llagado, y la siniestra mano  
estaba por mil parte ya rompida.  
Pero el contento fué tan soberano,  
que a mi alma llegó, viendo vencido  
el crudo pueblo infiel por el cristiano,  
que no echaba de ver si estaba herido;  
aunque era tan mortal mi sentimiento,  
que a veces me quitó todo el sentido...

Lepanto fue siempre para Cervantes dulce recuerdo, la ocasión que vió más cerca la cara de la gloria, la propia satisfacción de su conducta y el reconocimiento de la misma. Por ello, en su propia intimidad, no dudaría en escribir:

En fin, has respondido a ser soldado  
antiguo y valeroso, cual lo muestra  
la mano de que estás estropeado.  
Bien sé que en la naval, dura palestra,  
perdiste el movimiento de la mano  
izquierda para gloria de la diestra.

El justo orgullo y convicción de su limpia conducta en la jornada de Lepanto, superando la normal inquietud y ansiedad que en todo soldado produce la proximidad del combate, como el propio Cervantes nos confiesa al relatarlos:

De temor y de esfuerzo acompañada,

Presente estuvo mi persona al hecho,

Más de esperanza que de hierro armada,

le lleva a contestar las injurias del supuesto Alonso Fernández de Avellaneda, quién escribiera de Cervantes en su falso Quijote, «que como soldado tan viejo en años cuánto mozo en brios, tenía más lengua que manos», diciéndole;... «lo que no he podido dejar de sentir es que me mote de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mi, o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, y no en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quién las mira, son estimadas, a lo menos, en la estimación de los que saben dónde se cobraron... y es esto, según mi manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa que sano ahora de mis heridas si haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en rostro y en los pechos, estrellas son que guian a los demás al cielo de la honra y al de desear la justa alabanza».

Digna contestación, más relevante si cabe al considerar que Cervantes no obtuvo de su patria el pago que merecían su bravura en el combate, sus penalidades de cautivo y su pasmoso ingenio como escritor. Su pobreza, extremada hasta la indigencia alguna vez, le llevó a describirla y sentirla así:

Adiós, hambre sutil de algún hidalgo,

Que, por no verme ante tus puertas muerto

Hoy de mi patria y de mi mismo salgo.

Tras Lepanto, sus sucesivas acciones en Navarino, Túnez, y La Goleta, combatiendo en el Tercio de D. Lope de Figueroa y en la Cp.<sup>a</sup> del Capitán Ponce de León, bajo el mando supremo del Marqués de Santa Cruz, constituyen, junto a su cautiverio en Argel, tras el apresamiento de la galera Sol en la que regresaba a España con su hermano Rodrigo, los posteriores restos de su impronta cas-

trense, cuyas reflexiones y visión de la vida vierte en su inmortal Quijote.

A través de las páginas de este libro inmortal, y al margen de su arquitectura literaria, subyacen con marcial estilo pensamientos y reflexiones propias de soldado encaminadas al equilibrado mejoramiento del orden social, cuyo deber de mantenimiento incumbe conjuntamente a las Letras y a las Armas, en pugilato idealizado que Cervantes nos resume en su capítulo dedicado al Discurso sobre las Armas y las Letras (Cap. 38).

Previamente, como antesala de su contestación, en el capítulo 37, plantea el problema, diciéndonos: «... quiténsese de delante los que dijeren que las letras hazen ventaja a las armas; que les diré, y sean quiénes fueren, que no saben lo que dicen...; porque la razón que los tales suelen dezir, y a lo que ellos más se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden a los del cuerpo, y que las armas sólo con el cuerpo se ejercitan, como si fuere su ejercicio oficio de ganapanes para el cual no es menester más de buenas fuerzas; o como si en esto, que llamamos armas lo que las profesamos, no se encerrasen los actos de fortaleza, los cuales piden para ejecutarlos mucho entendimiento... Siendo, pues, ansi, que las armas requieren espíritu, como las letras, veamos ahora cual de los dos espíritus, el del letrado o el del guerrero trabaja más; y esto se vendrá a conocer por el fin y paradero que cada uno se encamina; porque aquella intención se ha de estimar en más, que tiene por objeto más noble fin».

¿Cuál pudiera ser para Cervantes, el auténtico fin perseguido en esa noble emulación de las Armas y las Letras?

Su contestación, a renglón seguido, es común para ambas, puesto que siente profundamente su íntima trabazón y entrega tanto a las Armas como a las Letras. De ahí que, parodiando su aserto de que «nunca la pluma embotó la lanza ni ésta a la pluma» nos dijera en sus pasajes del Discurso sobre las Armas y las Letras, con esa



profunda reflexión de que «la pluma es la lengua del alma», lo siguiente:

«... Es el fin y paradero de las letras... y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las armas al cielo, que a un fin tan sin fin como éste, ningún otro se puede igualar; hablo ahora de las letras humanas; que es su fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar a cada uno lo que es suyo, entender y hazer que las leyes se guarden. Fin, por cierto, generoso, alto y digno de alabanza; pero no de tanta como merece aquel a que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la Paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida; y así las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres, fueron las que dieron los ángeles la noche que fué nuestro día, cuándo cantaron en los aires «Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad». Pues, esta paz es el verdadero fin de la guerra; que lo mesmo es decir armas que guerra. Prosupuesta, pues, esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto haze ventaja al fin de las letras, vengamos ahora a los trabajos del cuerpo del letrado y a los del profesor de las armas y véase cuáles son mayores».

Consecuentemente, Cervantes, desde el siglo XVII, nos reitera la complementariedad de fines de las Armas y las Letras, de la pluma y de la espada, homogeneizando su actividad en pro, no sólo de la perfección de las leyes como reguladoras de la convivencia social y justa distribución de bienes para el desenvolvimiento humano, sino que dicha finalidad ha de orientarse al bien supremo del mantenimiento de la paz como supremo ideal terreno.

Ahora bien, dado que en la propia época de Cervantes, permanecía viva la polémica político-social acerca del protagonismo de las Armas y las Letras con miras al fin social de lograr la consecución de la paz, Cervantes, prosigue su disertación en el capitulado quijotesco, a este respecto, en los siguientes términos: «... no

volvamos a la preeminencia de las armas contra las letras: materia que está por ahora por averiguar, según son las razones que cada una de su parte alega y entre las que he dicho, dicen las letras que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra también tiene su leyes y está sujeta a ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. A esto responden las armas que las leyes no se podrían sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las república, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de corsarios; y, finalmente, si por ellas no fuere, las repúblicas, los reinos, las monarquias, las ciudades, los caminos de mar y tierra, estarían sujetos al rigor y a la confusión que trae consigo la guerra el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas; y es razón averiguada que aquello que más cuesta es estima y debe estimarse en más» (Cp. 38).

De ahí que, la figura de D. Quijote, gran soñador de quiméricos idealismos, sea la de un enamorado de la paz. La devoción que a la paz profesa el caballero andante, y no a los intereses humanos mezquinos, es la que le lleva, como lazarillo de su honor, a empuñar las armas, puesto que, como nos dice el propio Cervantes: «...después que soy caballero andante, soy valiente, comedido, cortés, atrevido, paciente, sufridor de trabajos y de encantos...» brindándonos aguda sátira ante la sociedad corrompida de la burocracia y de la picaresca.

Esta batalla pacífica a través de su obra literaria, la define Alfredo Pastor con estas estrofas:

Dejó la pluma por ceñir la espada  
Por la Patria a luchar fué decidido  
como simple soldado, y aguerrido  
cual todos se batió sin miedo a nada.  
La espada le negó su ansiada gloria;  
más no la pluma que olvidado y sólo

dió un Quijote de ideas tan gigantes,  
que en letras de oro se grabó en la historia  
de España entera, y de polo a polo  
el nombre ilustre de Miguel de Cervantes.

Como postrar referencia del pensamiento cervantino en su quehacer literario, así como en su glosa a Toledo, no podemos por menos de traer a colación la última de sus obras: los trabajos de Persiles y Segismunda, tal vez, la condensación máxima de sus ideas y aspiraciones, de su fé y convicciones, a la que D. Francisco de Urbina, puso el siguiente Epitafio:

Caminante, el peregrino  
Cervantes aqui se encierra:  
su cuerpo cubre la tierra,  
no su nombre, que es divino.  
En fin, hizo su camino;  
pero su fama no es muerta,  
ni sus obras, prenda cierta,  
de que pudo a la partida,  
desde ésta a la eterna vida,  
ir la cara descubierta.

En ella, sintetiza su despedida de la vida, no sólo con la despedida al Conde de Lemos, su benefactor y amigo, con la filosofía grandilocuente que se encierra en sus líneas de:

Puesto ya el pié en el estribo  
con las ansias de la muerte,  
gran señor, ésta te escribo.

sino al final del prólogo, diciédonos: ¡Adiós gracias, adiós donaires, adiós regocijados amigos; que yo me voy muriendo, y deseando veros presto contentos en la otra vida!.

Maravilla observar tanta serenidad y compostura. Ni arrogancias ni miedo; ni lágrimas ni denuestos. Tal vez, el recuerdo como soldado de sus encuentros con la muerte a lo largo del com-

bate junto a su acendrada fé, fortaleciera su ánimo para escribir dichas líneas, compendio de grandeza.

Vemos, pues, en esta doble faceta cervantina, en la exposición y justificación de la complementariedad y coexistencia del mundo de las Letras y las Armas en pro de la perfección de las leyes y del mantenimiento a través de las mismas del equilibrio social bajo el reinado de la Paz, el ideal de su conjunción para el logro de la armonía humana, en sana entremezcla de su vocación de soldado y de intelectual.

Hoy día, con inquietud y tristeza, contemplamos crecientes campañas tendentes a crear divergencias entre el mundo de las Letras y el de las Armas, comenzando por intentar borrar o debilitar esa conciencia individual y colectiva que todos hemos de sentir y estimular en aras del deber nacional para el fortalecimiento de su coexistencia, que basa en el orgullo y convicción moral de nuestro común destino, en esa España de ayer, de hoy y de mañana.

Una de las mejores lecciones que cabe impartir es la lectura del Quijote, con la finalidad de que se entienda que las Armas, el servicio en las mismas, y el del trabajo complementario a ellas, se orienta inexclusablemente al mantenimiento del ordenamiento social nacional y general, con su conjunto de valores morales, culturales y técnicos, tratando de servir a valores nacionales por encima de las corrientes particularistas inmersas en el acontecer político circunstancial. De ahí, su homogeneidad con el mundo de las Letras, rivalizando y compartiendo la responsabilidad formativa del espíritu, cuya primacía reguladora han de dar las Letras con la responsabilidad que merece la enjundia de su empresa. A las Letras, pues, corresponde la iniciativa, el estímulo, y la responsabilidad de crear, mantener, y exaltar, desde las instituciones la idea del sentido y quehacer patrio con la identificación que presupone para el mejor desarrollo de nuestra paz, seguridad y libertad.

El ejemplo de Cervantes, la mejor pluma nacional junto a su

estricto sentido castrense, constituye auténtico antecedente y ejemplo, cuya glosa de su doble condición nos reflejara Manuel del Palacio en sus versos:

Soldado, pobre, poeta,  
sufrido, alegre, leal,  
hallo en tu existencia inquieta  
la encarnación más completa  
del carácter nacional.  
Tú, al fin, cautivo en Argel  
o silbado en el corral  
por muchedumbre cruel,  
dejaste un libro inmortal  
y un mundo pintado en él.  
Luz te pedimos, Miguel  
y juntando en este día  
con su palma tu laurel,  
por un libro como aquel  
suspira la patria mía.  
Que la discordia tenaz  
crece aquí loca y audaz,  
desde que no da la tierra  
Quijotes para la guerra  
ni Sanchos para la paz.